

La aventura semiológica

Roland Barthes

Paidós Comunicación

Edited by Foxit PDF Editor

Copyright (c) by Foxit Software Company, 2004 - 2007
For Evaluation Only.

Saussure, el signo, la democracia

La lengua popular, y el mismo Rousseau, emplean «*traisait*» en lugar de «*trayait*» [ordeñaba] siguiendo el modelo de «*plaire*» [agradar] que en el imperfecto se dice «*plaisait*». Esto es una proporción con cuatro términos, que Saussure llama una «*analogía*» (*analogía* quiere decir efectivamente *proporción*, pero actualmente hablamos más bien de una homología).

La analogía, piensa Saussure, es el resorte fundamental, el ser de la lengua: «El papel de la analogía es inmenso»; «El principio de la analogía es en el fondo idéntico al mecanismo del lenguaje». Esta preeminencia es tratada por Saussure con un acento apasionado: de la analogía, Saussure canta la fuerza, la virtud, la sabiduría; la eleva al rango de un principio creador, demiúrgico, y remodela así la jerarquía lingüística de su época; la proliferación de los fenómenos analógicos, piensa, tiene una importancia distinta de los cambios de sonidos (que era el caballo de batalla de la lingüística precedente); a lo largo de siglos de evolución, los elementos de la lengua se conservan (simplemente distribuidos de otra manera); Saussure magnifica la resistencia, la estabilidad, la identidad de la lengua (siempre tendió a absorber la diacronía en la sincronía), y la razón de esta permanencia es la analogía: «La analogía es eminentemente conservadora»; «Las innovaciones de la analogía son más aparentes que reales. La lengua es un vestido cubierto de remiendos hechos con su propia tela»; las cuatro quintas partes del francés son indoeuropeas. La analogía introduce en la lengua una eternidad.

Esta propaganda entusiasta de la analogía permite leer entre líneas una hostilidad profunda hacia el genetismo. Con Saussure hay cambio

epistemológico; el analogismo ocupa el lugar del evolucionismo, la imitación ocupa el lugar de la derivación. No diga usted, como todo el mundo, que «almacenar» viene de «almacén»: diga más bien que «almacén/almacenar» se ha formado sobre el modelo de prisión/aprisionar. No diga que la ciencia etimológica tiene por objetivo «remontarse» de una forma actual a una forma original; conténtese con colocar la palabra en una configuración de términos vecinos, en una red de relaciones, que el tiempo —tal es su escaso poder— no hace más que deformar topológicamente.

Es fácil entrever la ideología de una concepción tal (de hecho, con mucha frecuencia, nada es más *directamente* ideológico que la lingüística). Por una parte, la propaganda de la analogía se suma a toda una sociología de la imitación, codificada, en aquella época, por Tarde, que Saussure había sin duda leído, más que Durkheim), y que se adecua por su parte muy bien a los comienzos de la sociedad de masas; en el orden cultural, y singularmente en el de la ropa, las *clases medias comienzan*, imitándose, a apropiarse de los valores burgueses; la moda, imitación enloquecida de una renovación que es incesantemente recuperada, es el triunfo de esta imitación social (obliga a la burguesía a afirmarse fuera de la moda, en la simple pero difícil «distinción»); Saussure, como muchos de sus contemporáneos, de Spencer a Mallarmé, quedó impresionado por la importancia de la moda, a la que llama, en el dominio del lenguaje, el *inter-curso*. Por otra parte, eternizando la lengua, Saussure en cierta medida desahucia el origen (de ahí su indiferencia respecto de la etimología): la lengua no es vista en un proceso de filiación, la herencia es desvarolizada; el método científico deja de ser explicativo: (filial, rastreador de la causa, anterioridad) y se vuelve descriptivo: el espacio de la palabra deja de ser el de una ascendencia o una descendencia, pasa a ser el de una colateralidad: los elementos de la lengua —sus individuos— no son ya hijos, sino conciudadanos unos de otros: la lengua, en su devenir mismo, deja de ser un dominio feudal para convertirse en una democracia: los derechos y los deberes están limitados por la coexistencia, la cohabitación, de individuos iguales.¹

• Todopoderoso, el principio de la analogía tiene, sin embargo, en Saussure, una causa: deriva del estatuto del signo; en la lengua, el signo

1. Como se sabe, Chomsky se opuso al principio saussuriano de la analogía, en nombre de otro principio, el de la creatividad. Está en juego aquí una nueva

es «arbitrario», ningún vínculo material une el significante y el significado, y esta arbitrariedad tiene que ser compensada por una fuerza de estabilización, que es la analogía; como el signo no se tiene «de pie» naturalmente (su verticalidad es una falacia), es necesario que se apoye, para durar, en su entorno; las relaciones de vecindad (de conciudadanía) pasan a relevar a las relaciones de significación; el contrato sustituirá a la naturaleza desfalleciente, por incierta. Recordemos este trayecto que, en Saussure, cobró el aspecto de un pequeño drama científico: hasta tal punto este lingüista sufrió, al parecer, por las lagunas de significación antes de llegar a poner en claro su teoría del valor.

Saussure ve los signos bajo la forma de individuos divididos, aislados y cerrados; son verdaderas mónadas, encerrando cada una en su círculo (en su ser) un significante y un significado: es la significación. Dos inconvenientes surgen entonces: por una parte, si no estuviera articulada más que sobre estas mónadas, la lengua no sería sino una colección muerta de signos, una nomenclatura, cosa que, según toda evidencia, no es; por otra parte, si se reduce el sentido a la relación vertical y cerrada de un significante y de un significado, y dado que esta relación no es natural, es imposible comprender la estabilidad de la lengua; «Una lengua [si no es más que una colección de mónadas] es radicalmente impotente para defenderse contra los factores que desplazan por momentos la relación del significante y del significado. Esta es una de las consecuencias de la arbitrariedad del signo»; por lo tanto, si uno se atuviera a la significación, el tiempo, la muerte, amenazarían incesantemente a la lengua; este riesgo es el fruto de una especie de pecado original, del que Saussure no parece poderse nunca consolar: la arbitrariedad del signo. ¡Qué hermoso sería el tiempo, el orden, el mundo, la lengua en que un significante, sin la ayuda de ningún contrato humano, de ninguna formalidad, viniera desde toda la eternidad hacia su significado, donde el salario fuera el «justo» precio del trabajo, donde el papel moneda equivaliera siempre a su valor en oro! Porque aquí está en juego una meditación general sobre el intercambio: para Saussure, el sentido,

opción ideológica; para Chomsky es importante distinguir el hombre del animal y de la máquina; esta distinción tiene que respetarse tanto en las ciencias como en el gobierno; de ahí ese mismo movimiento que fundamenta a la vez la lingüística chomskiana y la oposición de Chomsky al Estado autoritario, tecnocrata y belicista.

el trabajo y el oro son los significados del sonido, el salario y el billete de banco: ¡el oro del significado! Tal es el grito de todas las hermenéuticas, esas semiologías que se detienen en la significación; para ellas, lo significado *funda* lo significante, de la misma manera como, en las buenas finanzas, el oro funda la moneda; concepción profundamente degaulliana: *cuidemos el patrón oro y sed claros*, tales eran las consignas del General.

El pequeño drama de Saussure es que, contrariamente a los conservadores soberbios, no tiene confianza ni en el signo ni en el oro: ve claramente que el vínculo del papel y del oro, del significante y del significado, es móvil, precario; nada, lo garantiza; está expuesto a las vicisitudes del tiempo, de la historia. En su idea de la significación, Saussure está, en el fondo, en el punto de la crisis monetaria actual: el oro y su sustituto artificial, el dólar, se hunden: se sueña con un sistema en que las monedas se sostengan entre sí, sin referencia a un patrón natural: Saussure es, en conclusión, «europeo».

Finalmente, Saussure, más afortunado que los políticos actuales de Europa, encontró este sistema de apoyo. A partir de la comprobación de que la oración no funciona por la pura yuxtaposición, a lo largo de la cadena hablada, de signos encerrados en sí mismos, y que hace falta algo distinto para que el lenguaje «prenda», descubre el valor: ahora puede salir del atolladero de la significación: como la relación con el significado (el oro) es incierta, frágil, el sistema íntegro (de la lengua, de la moneda), se estabiliza por el apoyo que se prestan entre sí los significantes (las monedas entre sí).

¿Qué es el valor? Inútil recordarlo, el *curso* es explícito en este punto. Demos simplemente un ejemplo, que no será el de los manuales de lingüística (*sheep/mutton*): en los lavabos de la Universidad de Ginebra hay una inscripción muy singular (aunque muy oficial): las dos puertas, cuya obligada dualidad consagra ordinariamente la diferencia entre los sexos, tienen aquí las marcas de «señores», una, y «profesores» la otra. Llevada a la pura significación, la inscripción no tiene ningún sentido: ¿acaso los profesores no serían «señores»? La oposición, tan grotesca como moral, se explica en el plano del valor: entran en colisión dos paradigmas, de uno de los cuales no se leen más que las ruinas: *señores/damas/profesores/estudiantes*: en el juego de la lengua es ciertamente el valor (y no la significación) el que detenta la verdadera carga sensible, simbólica y social: en este caso, la de la segregación docente y sexual.

En la empresa saussuriana, el valor es el concepto redentor que permite salvar la perennidad de la lengua y superar lo que es necesario denominar la *angustia fiduciaria*. Saussure tiene una concepción del lenguaje muy cercana a la de Valéry (o al revés, no importa); y ellos no tienen nada en común. Para Valéry, también, el comercio, el lenguaje, la moneda y el derecho se definen por un mismo régimen, el de la reciprocidad: no pueden sostenerse sin un contrato social, porque sólo el contrato puede corregir la falta de un patrón. En la lengua, este defecto obsesionó a Saussure (más inquieto que Valéry): ¿la arbitrariedad del signo no amenaza con introducir a cada instante en el lenguaje el tiempo, la muerte, la anarquía? De ahí la necesidad, vital para la lengua, y después de ella para la sociedad (necesidad ligada a su supervivencia), de sentar un sistema de reglas: reglas económicas, reglas democráticas, reglas estructurales (de la analogía y del valor), que emparentan todos estos sistemas con un juego (el juego del ajedrez, metáfora central de la lingüística saussuriana): la lengua se acerca al sistema económico a partir del momento en que éste abandona el patrón oro, y al sistema político a partir del momento en que la sociedad pasa de la relación *natural* (eterna) del príncipe y sus súbditos al contrato social de los ciudadanos entre sí. El modelo de la lingüística saussuriana es la democracia; no extraigamos argumentos de la situación biográfica de Saussure, notable ginebrino, perteneciente a una de las más antiguas democracias de Europa, y dentro de esa nación, a la ciudad de Rousseau; señalemos solamente la homología incuestionable, que, en el nivel epistemológico, relaciona el contrato social con el contrato lingüístico.

Otro Saussure existe, lo sabemos: el de los *anagramas*. Este *escucha* ya la modernidad en el hormigueo fónico y semántico de los versos arcaicos: entonces, nada de contrato, nada de claridad, nada de analogía, nada de valor: el oro del significante es sustituido por el oro del significado, metal más monetario que poético. Se sabe de qué manera esta *escucha* aterró a Saussure, que parece haber pasado su vida entre la angustia del significado perdido y el retorno aterrador del significante puro.

Le Discours Social,
n.º 3-4, abril de 1973,
«Socialité de l'écriture».